

Indagando la aplicabilidad de la noción de alienación en quienes alternan empleos no cualificados, fases de desempleo y la subsistencia mediante la economía informal

Santiago Bachiller, CONICET-UNPA. santiago.bachiller@gmail.com

El origen de la noción de alienación remite al proceso de modernización, a la transición histórica hacia el capitalismo, el desarrollo urbano, la industrialización e individualización. Los padres de la sociología ligaron a dicho concepto con las consecuencias negativas propias del proceso de racionalización, la inversión de medios y fines y el consecuente advenimiento de la razón instrumental, la especialización, así como con la fragmentación y pérdida del sentido de totalidad. Asimismo, en los estudios clásicos sobre la alienación, esta categoría ha sido asociada con cuestiones como la sociabilidad, la ideología, la producción y circulación de mercancías. No obstante, el trabajo ha sido la dimensión más destacada por la literatura sociológica tradicional sobre la enajenación¹.

La ponencia se basa en un trabajo de campo etnográfico realizado entre el 2008 y el 2011 con quienes apelan al basural municipal de Comodoro Rivadavia -una de las principales ciudades de la Patagonia Argentina- como forma de lograr su subsistencia cotidiana. Circunscribiendo la atención en la esfera del trabajo, el objetivo del texto consiste en considerar las posibilidades y límites de la noción de alienación en el análisis de los procesos de precariedad laboral que afectan a los recolectores informales de residuos. Como ocurre con cualquier otra noción, la alienación debe ser definida histórica y contextualmente, pues sus significados emergen en función de problemas, espacios de relaciones sociales y conflictos concretos (De la Garza, 2010).

El objetivo de la ponencia remite a una serie de interrogantes; en primer lugar, ¿es pertinente la noción de alienación a la hora de analizar la experiencia que los recolectores han tenido en el mercado de empleo? Por otra parte, la alienación es una categoría que ha sido definida en función de la explotación en el marco laboral. De tal modo y paradójicamente, una interpretación literal de esta categoría llevaría a afirmar que quienes han sido expulsados del mercado de empleo no se verían afectados por los procesos de alienación. ¿Cómo se reconfiguran los procesos de alienación ante la situación de desempleo?; ¿cómo deberíamos

¹ En las obras de Marx (1992, 2004) y Lukács (1983), la noción de enajenación es entendida como sinónimo de alienación. Aquí continuamos con dicha propuesta, tratando a ambos términos como equivalentes.

ampliar dicha noción para abordar satisfactoriamente los fenómenos asociados con el desempleo? Por último, estas personas subsisten gracias a una modalidad específica de economía informal: la recuperación de residuos. Más aún, la recuperación de residuos es tan importante en sus vidas, que suele ser definida como equivalente a un trabajo, lo cual lleva a preguntarnos cómo conciliar las nociones de enajenación y economía informal.

En definitiva, la ponencia propone poner en tensión la noción de alienación, dilucidando hasta qué punto dicha categoría es pertinente para explicar una historia laboral marcada por la permanente alternancia entre períodos de empleo, desempleo y subsistencia mediante prácticas de economía informal. ¿Resulta indispensable redefinir y ampliar el concepto para lograr abarcar las diferentes etapas laborales en la vida de los recolectores informales de residuos?

Sobre el trabajo de campo con recolectores informales

Intentando desentrañar cuánta gente subsiste mediante la recolección informal de residuos, la municipalidad de Comodoro Rivadavia realizó diversos informes. El primero fue llevado a cabo en el 2000, arrojando el número de 221 recuperadores; en la encuesta del 2007 se contabilizaron 63 recolectores; mientras que el último censo se ejecutó en el 2010, dando por resultado la presencia de 119 personas (Comodoro Rivadavia, 2010). La disparidad de las estadísticas responde a varios factores: los diversos métodos de registro implementados por la municipalidad local en cada ocasión, la evolución del precio de los materiales a reciclar, los cambios en las tasas de empleo, el nivel de cobertura de las necesidades básicas, los patrones migratorios en la ciudad y, por sobre todo, las irrupción de crisis económicas y sociales.

Quienes llevan décadas en el basural destacan como, con la hiperinflación de 1989 o la devaluación del 2002, las cifras de recolectores informales se incrementaron drásticamente. No obstante, la región posee sus particularidades, ya que el petróleo es el principal motor que mueve la economía de la ciudad. Así, a las crisis que azotaron al país, en Comodoro Rivadavia es necesario añadir aquellas asociadas con la evolución de los precios y la extracción de dicha materia prima. La ciudad padeció una depresión especialmente significativa entre mediados y fines de los 1990 como consecuencia de la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales [YPF] (Salvia, 1999). Asimismo, en el 2000 el país vivió una crisis donde las tasas de desempleo treparon a un 14,7%; en tal año, la región presentó uno de los índices más elevados en dicho rubro -13,3%; mientras que la subocupación se situaba en el 13% (Comodoro Rivadavia, 2010). Es de suponer que la mayor cantidad de

recolectores detectada en el año 2000 respondería a dicho contexto social. A partir del 2004 las cifras de empleo y pobreza mejoraron a nivel nacional y regional. Actualmente Comodoro Rivadavia posee uno de los mejores indicadores en estos rubros -4,4% de pobreza; 3,6% de desempleo y 1,5% de subocupación (Comodoro Rivadavia, 2010). No obstante, en una ciudad donde la economía local gira en torno a la producción de petróleo, incluso en las etapas de bonanza se verifica una tendencia en el mercado de empleo: la escisión entre un segmento de trabajadores reducido que accede a un nivel de vida muy elevado gracias a su conexión de forma directa o indirecta con el mundo del petróleo, y otro sector distante de dicho mercado laboral que, consecuentemente, padece la precariedad laboral (Salvia, 1999). Es este último sector el que, en ocasiones amenazado por el desempleo y permanentemente diezmado por la inestabilidad laboral, nutre al basural de recolectores informales.

En cuanto a los antecedentes laborales de los recuperadores, lo más frecuente son las ocupaciones informales con características de inestabilidad y precariedad: las tareas asociadas con la construcción, como la albañilería, son las más citadas. No es casual que el segundo lugar lo ocupen quienes afirman no tener experiencia laboral -allí se posicionan los menores de edad y quienes toda su vida subsistieron mediante la economía informal. Luego se mencionan actividades que coinciden en la falta de cualificación, tales como pintores o peones de campo; en el caso de las mujeres, el empleo doméstico es la respuesta más frecuente (Comodoro Rivadavia, 2010). En definitiva, y como luego se tematizará, los empleos no cualificados han sido el denominador común en la vida laboral de estas personas.

La enajenación en la tradición sociológica

La alienación es una noción compleja, en la cual es posible distinguir distintas dimensiones. La primera de ellas alude a la relación tensa entre estructura e individuo, producto del proceso de modernización. La alienación surge como un concepto clave en el análisis de la transición hacia el capitalismo, con el consiguiente advenimiento de los procesos de urbanización, industrialización e individualización. Los cambios en los modos de producción y en la organización del trabajo, la ruptura de los lazos de pertenencia comunitaria tradicionales ligadas a un mundo rural que se desvanece, trastocan las mentalidades y posibilitan el tránsito hacia una cosmovisión burguesa del mundo (Hopenhayn, 2001; Weber, 2006).

En segunda instancia, la alienación se asocia con los efectos más perversos del proceso de racionalización. En tanto sinónimo de cálculo y cuantificación, la racionalidad, se erige en el

cimiento de la sociedad burguesa. Los excesos inherentes a la glorificación de la racionalidad se evidencian al constatar cómo los diversos ámbitos sociales son sujetos a medición; las dimensiones propias del ser humano, los elementos más cualitativos de su existencia, se convierten en un número, tornándose en posibles de ser monetarizadas. De tal forma, la exacerbación de la racionalidad conduce a uno de los sinsentidos más característicos de la modernidad: la deshumanización de los sujetos (Lukács, 1983.). En el ámbito del trabajo, la racionalización en tanto cuantificación nos retrotrae a Adam Smith y sus intentos por develar el fundamento del intercambio. ¿Qué es lo que permite la conmensurabilidad y el intercambio de cosas tan diferentes entre sí? Smith localiza la respuesta en el trabajo: este sería la medición de la energía y del tiempo que quedaron incorporados en el objeto creado, aumentando su valor, el cual a su vez se expresa en términos monetarios. Smith no pretende reflexionar sobre el trabajo concreto, sobre las tareas de un obrero o un campesino, sino sobre la esencia que reduce toda cosa a su elemento mínimo, posibilitando el intercambio. A partir de entonces, la importancia del trabajo consiste en ser un instrumento de cálculo que permite el intercambio y la medición de la producción y riqueza. Con la economía política clásica, el trabajo es concebido de manera instrumental y abstracta; es mercantilizado, ya que una parte de la actividad realizada se desprende del hombre, deja de serle consustancial, puede venderse o alquilarse (Méda, 1995).

En estrecha vinculación con el punto anterior, la enajenación implica una inversión de medios y fines (Marx, 1992, 2004; Weber, 2006). La racionalización supone la maximización de la relación entre medios y fines; no obstante, cuando los medios o procedimientos para llegar a un fin terminan siendo priorizados, se corre el riesgo de perder de vista el objetivo superior. En los padres de la sociología, el dinero, el trabajo o las burocracias son tomados como ejemplos de esta inversión de medios y fines; a partir de entonces, la razón pasa a ser un instrumento, un medio que incluso puede conducir a fines aborrecibles. Así, el sujeto pierde la posibilidad de decidir su propia historia, de controlar los aspectos más elementales de su propio destino. Es entonces cuando “el sentirse fuera de sí”, característico de la noción de enajenación, adquiere todo su peso. En el caso del trabajo, la inversión de medios y fines se asocia con que la sociedad capitalista y la economía política no tienen como finalidad fomentar el desarrollo del hombre mediante el trabajo, sino el enriquecimiento. Por un lado, el hombre hace de su actividad vital un simple medio para su existencia; por el otro, al concebir al trabajo como un simple medio para adquirir riquezas, este nace alienado (Méda, 1995).

La especialización, otro elemento típico de los fenómenos de alienación, es definida como una serie de sistemas parciales racionalizados cuya unidad está determinada por el puro cálculo (Lukács, 1983, p. 115). La especialización se identifica con la división capitalista del trabajo, la cual disloca a todo proceso orgánicamente unitario de la vida y del trabajo, descomponiéndolo en sus partículas más elementales. Consecuentemente, tales funciones parciales y racionalmente aisladas se tornan autónomas, se convierten en compartimientos que adquieren vida propia y dejan de ser coherentes en función de una totalidad en la cual estuvieron anteriormente integrados. La especialización desdibuja cualquier concepción holística de la realidad social, obturando la posibilidad de captar un sentido de integralidad. Las situaciones de extrañamiento, el sentimiento de “no pertenencia” que experimenta el sujeto, guardan relación con un sentido que se disuelve al descomponerse los fenómenos sociales en múltiples compartimientos estancos.

Al revisar el modo en que los fundadores de la sociología reflexionaron en torno a la categoría de alienación, parecería posible identificar tres vectores especialmente relevantes: mercancía, socialización y trabajo. Por una cuestión de límite de espacio, no es posible desarrollar los primeros dos ítems en esta ponencia. En Marx (1992) el trabajo posee una naturaleza positiva, conlleva un aspecto creativo que permite la realización de las personas. Así, el trabajo es toda actividad humana que facilita la expresión; los hombres se comprenden y reconocen recíprocamente a través de sus obras. Por otra parte, el trabajo implica la organización y coordinación de los sujetos, la posibilidad de desarrollar la dimensión creativa del ser. Más aún, mediante la cooperación, el trabajo supone la mediación entre el hombre y la naturaleza (Antunes, 2005). En resumen, el trabajo implica una relación con la naturaleza y una relación social, así como representa tres cualidades: descubrirse a uno mismo, descubrir mi sociabilidad y transformar el mundo.

Sin embargo, Marx (1992) denuncia que en la sociedad capitalista la esencia trascendental propia del trabajo es negada. La mayoría de la población ha sido desposeída de los medios de producción por lo cual, para subsistir, no le queda otra opción que vender su fuerza de trabajo. Mediante la noción de plusvalía, Marx analiza cómo los propietarios de los medios de producción se apropian de una parte significativa del trabajo de sus empleados, a quienes se limita a pagar un salario que sólo alcanza para lograr la reproducción social. De tal manera, la alienación comienza a adquirir forma a partir de la separación entre el capital y el trabajo, es consecuencia de concebir al trabajo -y al trabajador- como una cosa, como una de las tantas mercancías que inundan el mercado. Así, en la sociología clásica, la alienación es un concepto

que surgió ligado a la explotación en el ámbito del trabajo (Hopenhayn, 2001). No obstante, en Marx se distinguen tres momentos relacionados con el trabajo: su glorificación, la crítica al trabajo real y la configuración de un esquema utópico. Por consiguiente, pese a los cuestionamientos a cómo el trabajo se expresa en el capitalismo, este continúa ocupando un rol central en su programa emancipatorio. Es decir, la anhelada sociedad comunista del futuro necesariamente conlleva distanciarse de la alienación; entonces, el trabajo pasará a ser expresión del yo, mientras que la producción se convertirá en el principal acto social (Méda, 1995).

Por otra parte, la relación entre alienación y trabajo posee varios niveles de análisis. En primer lugar, refiere a una relación conflictiva entre el trabajador y el producto de su trabajo. El producto de la actividad creativa del trabajador se convierte en un objeto que le es desconocido, en una mercancía que no le pertenece. Dicha situación desencadena una sensación de extrañamiento respecto de lo que ha creado. De tal modo, la alienación supone “la desvalorización del mundo humano en relación directa con la valorización del mundo de las cosas” (Marx, 2004, p. 136). Es decir, el trabajo produce mercancías, pero también se produce a sí mismo y al obrero como mercancía; el trabajo se convierte en objeto para el obrero, iniciando la relación de servidumbre a la mercancía por parte del trabajador.

En segunda instancia, la alienación se expresa como un proceso de extrañamiento en el acto de la producción. Ya no sólo el objeto, sino incluso la actividad que realiza el trabajador pertenecen a otro; dentro de la esfera laboral, toda su fuerza, toda su creatividad, toda su agencia ha sido cedida a cambio de un salario. Al respecto, Lukács (1983) define a la alienación como la oposición del hombre con su propia actividad; su propio trabajo pasa a ser algo objetivo, independiente de él, algo que lo domina en virtud de leyes propias y ajenas al hombre. La alienación es la distancia del hombre respecto de su creatividad y de su creación, de su trabajo. Asimismo, el trabajador es rebajado a la condición de máquina, e incluso es un esclavo de la misma; se dedica a tareas rutinarias y monótonas que se limitan a supervisar que la maquinaria de la fábrica funcione correctamente. Se verifica entonces un proceso de deshumanización, el cual niega aquellas esferas del ser que trascienden las necesidades básicas de subsistencia del trabajador, impidiendo su realización personal.

En tercer término, la alienación atenta contra el ser genérico en tanto naturaleza humana: el trabajo supone la apropiación, transformación y elaboración de la naturaleza, eso es lo distintivo del hombre respecto de los animales (Antunes, 2005). Al respecto Méda sostiene

que, en Marx, el verdadero trabajo “no está ligado a la necesidad, sino que es aquella actividad que conscientemente se acomete con el propósito de humanizar la naturaleza” (1995, p. 83). La noción de ser genérico implica una relación armoniosa, donde el hombre hace uso de la naturaleza en beneficio de la comunidad en su conjunto; se define en oposición a los particularismos, primando lo comunitario y esencial que constituyen a los hombres. Por el contrario, en las formas de producción capitalistas predomina la apropiación individual y egoísta de la naturaleza.

Por último, la alienación equivale a la enajenación del hombre respecto del hombre (Marx, 1992, 2004). El vínculo social se establece gracias a la compra y venta de esa sustancia individual llamada trabajo; es decir, el dinero y la mercancía funcionan como intermediarios en las relaciones entre los hombres. A su vez, al interior de la división social del trabajo capitalista, la competencia es feroz: los trabajadores compiten entre sí, pero también compiten con unas máquinas que tienden a desplazarlos de sus puestos de trabajo. A partir de entonces, la relación con la naturaleza, el vínculo con la sociedad, el contacto entre los hombres está mediado por la mercancía.

Mercado formal de empleo y alienación

¿Qué relación podemos establecer entre la noción de alienación y la experiencia en el mercado de empleo de los recolectores informales de residuos? Para responder dicho interrogante, es preciso dejar constancia que los problemas laborales son tan significativos que constituyen el primer factor señalado por estas personas como motivo de sus prácticas de subsistencia ligadas a la recuperación de basura.

Por sobre todas las cosas, en la historia laboral de los recolectores la alienación se liga con un proceso de deshumanización. Aquí se confirma plenamente la máxima según la cual la alienación conlleva que el producto del trabajo le es ajeno a quien lo ha creado. Lo mismo puede afirmarse en cuanto a la enajenación como un proceso de extrañamiento de la actividad laboral. Los empleos destinados para esta gente no dejan resquicios en lo que respecta a la creatividad, al tiempo y la capacidad monetaria de disfrutar del ocio o la sociabilidad. Los lamentos de un informante que trabajó como empleado de seguridad nocturna, en donde las horas resultaban “interminables” pues “no había nada para hacer”, denotan como la rutina aplasta cualquier posibilidad de creatividad personal en este tipo de empleo. En tal sentido, vale la pena retrotraerse a la afirmación de Marx (2004), según la cual el trabajador sólo se siente en sí en espacios de ocio y socialización distintos al trabajo –considerando que hoy en

día la capacidad de consumo es un requisito fundamental para disfrutar del ocio y del tiempo libre, incluso esta afirmación amerita ser relativizada.

Al recordar las antiguas experiencias en el mercado de empleo, frecuentemente surgen relatos que destacan la sensación de humillación. Los lamentos ligados a la explotación suelen expresarse en términos de un salario denigrante. La primera secuela de dicha situación consiste en que, si en una sociedad capitalista el propio trabajo se convierte en una mercancía, en estos grupos sociales se trata incluso de una mercancía desvalorizada, lo cual refleja el desprecio hacia su actividad. La segunda consecuencia se asocia con verse forzado a vender la propia fuerza de trabajo a cambio de un salario que no alcanza para mantener a la familia en condiciones dignas, que apenas garantiza la reproducción del núcleo doméstico. De tal modo, se verifica otro axioma inherente a la alienación: el trabajo se limita a lo más básico, a la mera subsistencia. Como se verá luego, los relatos de humillación también giran en torno al maltrato y las arbitrariedades de un jefe déspota.

La sensación de explotación y humillación guarda relación con los empleos disponibles para estos grupos sociales. Vale la pena reiterar que el común denominador en la historia laboral de esta gente es haber contado con empleos no cualificados. Es entre tales tipos de trabajos que se dan las tasas más altas de precariedad en lo que se refiere al nivel de salarios, la estacionalidad y el carácter cíclico de los empleos, la falta de un contrato que garantiza los derechos o los niveles de accidentes laborales (Neffa, 2009). Así, cuando la persona consigue un empleo, la empresa cierra, reduce su plantilla, o el contrato es temporal y acaba a los pocos meses; cuando la tasa de ganancia empresarial desciende, los trabajadores no cualificados son los primeros en ser despedidos.

Esta historia de vulnerabilidad laboral implica que dichas personas entran y salen constantemente del mercado de empleo; la inestabilidad laboral, sumada a la insuficiencia de los sistemas estatales de ayuda, conduce a frecuentes recaídas en las modalidades más extremas de pobreza. Como consecuencia de ello, en sus discursos no siempre distinguen claramente un trabajo formal de otro informal e incluso, como consideraremos luego, no siempre diferencian entre un trabajo y la recolección de residuos. En definitiva, el tipo de inserción laboral profundiza otro de los aspectos ligados con la alienación: tener un trabajo no mitiga la sensación de controlar mínimamente el propio destino. Las afirmaciones de Wacquant respecto de los trabajos no cualificados son aplicables a estos grupos sociales: “el

carácter mismo de la relación salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza” (2001, p. 174).

Sin embargo y aunque en menor medida, en el trabajo de campo también surgieron discursos donde los recolectores valoran positivamente al empleo formal tras compararlo con la recuperación de residuos. Entonces, los informantes reconocen que el salario que perciben es mínimo, pero simultáneamente priorizan dos factores imposibles de obtener a partir de la economía informal: la previsibilidad monetaria y la cobertura de seguridad social para el conjunto familiar. Tengamos presente que previsibilidad no significa estabilidad. El trabajo estable, abstracción cuya definición más próxima se traduce en un contrato indefinido, es algo que pocas de estas personas creen posible obtener. Así y todo, por más precario e inestable que sea el empleo, la previsibilidad representa la posibilidad de calcular cuánto dinero se dispondrá a fin de mes, poder planificar mínimamente las propias acciones, así como la tranquilidad de saber que lo indispensable para sobrevivir está asegurado. Por el contrario, los recolectores señalan la imprevisibilidad como un elemento característico del basural: determinados días pueden obtener sumas que no ganarían en el mismo período de tiempo en un empleo formal, pero en otras ocasiones pueden volver a sus hogares sin dinero en el bolsillo. La sensación de una vida regida por el azar es el factor que esta gente pretende exorcizar cuando reivindican los empleos precarios pero formales.

Si en el presente estas personas se encuentran distanciadas del mercado formal de empleo, y si la noción de alienación está fuertemente ligada con la explotación en el ámbito laboral, ¿qué valor posee dicha categoría en un contexto de desempleo?

Desempleo y enajenación

Los desempleados, ¿están alienados? En caso afirmativo, ¿en qué consiste dicho proceso de enajenación? Tomando en sentido estricto la categoría deberíamos responder que, paradójicamente, al no ser explotado en el ámbito laboral un desempleado no padecería los efectos nocivos de la alienación. Sin embargo, si entendemos a dicho concepto en un sentido más amplio, la enajenación comienza a adquirir nuevas formas.

En este punto resaltan las diferencias entre aquellos recolectores que tuvieron un empleo y lo perdieron, de quienes nunca estuvieron conectados con el mercado de empleo. Para este último grupo, el basural representa el modo clásico de satisfacer la subsistencia; como veremos en el próximo apartado, en estos casos la recolección de residuos tiende a ser

concebida como un trabajo. Por el contrario, el primer grupo ingresó por primera vez al basural tras una crisis de desempleo. Así, en quienes tuvieron una conexión con el mercado de empleo, la alienación y el desempleo se asocian con la sensación de lo perdido, con la añoranza de inserción laboral. Aquí se constata un contrasentido: a pesar de que los antiguos trabajos implicaron la explotación laboral, en la fase de desempleo la sensación de “extrañamiento” se identifica con la ausencia de un trabajo en tanto marco que estructura la cotidianidad (Wilson, 1987).

Analizando la ética protestante, Weber (2006) sostiene que la voluntad de Dios consiste en aumentar su gloria no a través del ocio o del goce, sino mediante el obrar. De tal modo, la dilapidación del tiempo pasa a ser sinónimo de pecado. Tal precepto fue fundamental para la posterior conformación de la mentalidad burguesa, pues supuso una exaltación de la acción en sí misma, la cual conlleva a la moderna descalificación de la pasividad. La contemplación, la inacción son asociados con el pecado, y ello tiene consecuencias nefastas para quienes se encuentran en una situación de desempleo. A su vez, el dolor de carecer de un empleo remite a la noción de estigma, la cual se define como atributos socialmente desacreditantes, manchas en la propia identidad que descalifican a los sujetos e impiden una plena aceptación (Goffman, 2001, p. 13). Todo estigma equivale a un conjunto de percepciones negativas que generan rechazo y distancia social, deshumanizando a las víctimas. El desempleo conlleva una forma particular de estigma: la que identifica a los sujetos con la pasividad. Según dichas explicaciones, el desempleo sería consecuencia de la vagancia de determinadas personas. A partir de entonces, el desempleado queda marcado por la inutilidad social: no contribuye sino que es un lastre para la sociedad, y dicha situación respondería a sus propios defectos personales. En definitiva, en las fases de desempleado, la enajenación se asocia con quedar encerrado en las identidades negativas socialmente atribuidas.

Al indagar sobre las consecuencias del desempleo desde el punto de vista de los actores, queda claro que esta gente comparte los valores sociales dominantes. Así, uno de los elementos más destacados como fuente de pesar consiste en carecer de ingresos. La angustia del desempleo se expresa en la incertidumbre de cómo sostener la economía familiar, en la sensación de que la persona no es capaz de controlar mínimamente su propio destino. Por otra parte, según Bauman (2003) en el presente asistimos a un cambio de época donde, de una ética del trabajo típica de la sociedad de productores, estaríamos desplazándonos a otra sociedad donde los patrones que guían a las personas serían primordialmente estéticos y se ligarían con el consumo. No casualmente, muchos de los lamentos de los desempleados

apuntan a sentirse distantes de una supuesta “normalidad” que se construye a partir de una serie de imágenes sociales ligadas con el consumo. Sin embargo, debido a que los salarios propios de los trabajos no cualificados son tan bajos, lo dicho anteriormente es extensible a las fases de empleo.

El modo en que las personas padecen el desempleo da cuenta de que el trabajo es mucho más que poseer un ingreso. De tal manera, un elemento destacado por algunos informantes reside en la sensación de vacío: el trabajo hace sentir útil a la persona. El desempleo conlleva el trastocamiento de fundamentos básicos que en nuestra sociedad son el cimiento a partir del cual se erige la dignidad personal (Castel, 1997; Antunes, 2005). Por último, y al igual que observamos en el apartado dedicado a los empleos no cualificados, el desempleo equivale a la ausencia de creación en tanto dimensión trascendental propia del trabajo y del ser humano.

Pretendiendo ampliar la noción de alienación, en el trabajo de campo se observó que el desempleo genera una serie de dilemas morales frente a los cuales el sujeto se ve inmerso en una nebulosa de confusión. La sociedad se rige por ciertos preceptos –el esfuerzo, la disciplina, la dedicación- que el desempleado puede compartir pero no se encuentra en condiciones de cumplir, provocando una sensación de extrañamiento. En primer lugar, dichos mandatos implican la contradicción entre una visión idílica del trabajo -que se aproxima a la definición hegemónica del mismo- y la experiencias laborales realmente vividas. De tal modo, en los períodos de desempleo en ocasiones los informantes retratan bucólicamente al trabajo, refiriéndose con dolor al mundo laboral perdido; por el contrario, cuando se conectan nuevamente con el mercado de empleo, esta perspectiva se desmorona. El punto en común de ambas fases es el malestar: ni uno ni otro aportan alivio y felicidad. En segundo término, la alienación apunta a un sujeto integrado y a la vez explotado en el trabajo; extendiendo su significado, la enajenación se identificaría con situaciones de exclusión tan extremas, que la falta de sentido de pertenencia que aporta el empleo llevaría a que la persona anhele poder reproducir los mandatos sociales que tradicionalmente lo explotan pero que a la vez “lo insertan” en las instituciones clásicas. Estas formas de alienación guardarían relación con un sentimiento de inutilidad social, con una desacreditación que impide cierto grado de aceptación social. Serían consecuencia de mandatos sociales hegemónicos que prescriben comportamientos, sin generar las condiciones necesarias para que determinados grupos se encuentren en condiciones de acatarlos.

No obstante, es preciso realizar dos aclaraciones. En primer lugar, lo expuesto en este punto debe ser relativizado. Los argumentos esgrimidos desde la sociología del trabajo al analizar el desempleo no surgen en los relatos de todos los recolectores –se encuentran ausentes en quienes nunca tuvieron un empleo, pues toda su vida laboral se estructuró en torno al basural-, e incluso en ocasiones afloran sólo como consecuencia de las preguntas directas formuladas por el investigador. En segundo término, en segmentos poblacionales que están tan acostumbrados a la precariedad, las fases de empleo, desempleo y economía informal no son claramente identificables. La vida de esta gente suele oscilar entre tales opciones. Al instaurarse una etapa de desempleo, lo más común es que estas personas inmediatamente busquen alternativas en la recolección de residuos. Por consiguiente, el desempleo es mitigado mediante la economía informal, no necesariamente supone un factor tan desestructurante para la identidad.

Economía informal y alienación

Ante la situación de desempleo y precariedad generalizada, el basural municipal pasa a representar un espacio que permite la subsistencia familiar. Cientos de personas organizan su cotidianidad en base a la economía informal en general, y a las prácticas de recolección de desechos en particular. ¿Es aplicable la noción de alienación en estos casos? ¿Cómo vincular los conceptos de alienación y de economía informal?

La asociación entre desempleo y pasividad remite a una concepción restringida del empleo que cierra los ojos ante las formas de trabajo no reconocidas por los niveles normativos. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal. Cientos de actividades productivas no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado; así, la economía formal no logra captar la realidad social que cae fuera del sistema de mercado formador de precios (Portes, 1995). Teniendo presente el contexto estrecho característico de las situaciones de exclusión social, se comprende por qué muchas de estas personas afirman preferir las actividades de recolección antes que los empleos para ellos disponibles. La racionalidad de tal elección responde a un cálculo donde se combinan variables de muy diverso talante: los ingresos, costos y beneficios materiales y emocionales, asociados con las múltiples maneras de ganarse la vida (Castells y Portes, 1990). Lo más común es que la persona no se incline por una única opción, sino que alterne diferentes tácticas en función de la coyuntura. Así, el trabajo temporal y/o en negro suele

complementarse con alguna modalidad de ayuda social oficial, las changas ocasionales con la recolección de residuos. Además, la economía informal representa diversas ventajas para los recolectores respecto de los empleos precarios: obtener dinero en efectivo y en el día en vez de un pago en diferido; a diferencia de un empleo formal, es compatible con las ayudas sociales; para quienes padecen altas tasas de ingesta alcohólica, la recolección no supone la dificultad de adaptarse a una disciplina laboral, pues permite beber mientras se realizan las actividades de subsistencia, etc. A su vez, la recuperación supone el inicio de distintas redes económicas, las cuales exceden el límite territorial del vertedero -por ejemplo, la venta a los vecinos de los barrios donde habitan los recolectores de comida y ropa recuperada. Pese a la falta de reconocimiento oficial, la recolección informal de residuos se constituye en la actividad a partir de la cual estas poblaciones logran su subsistencia cotidiana, por lo cual tiende a ser descrita en términos similares a un trabajo. Esto es así no sólo por el beneficio económico que obtienen, sino también por emular el tipo de relaciones sociales que se generan en los ámbitos laborales (Rowe y Wolch, 1990)².

Por otra parte, la alienación en la esfera del trabajo consiste en vender la propia humanidad a cambio de un salario que se limita a la subsistencia. En tal sentido, existen similitudes y diferencias entre el trabajo y la economía informal de recuperación de residuos. En ambos casos, se destaca la obtención de un ingreso que apenas alcanza para garantizar la reproducción familiar -muchos informantes incluso afirman que logran una mayor ganancia monetaria gracias a la recolección de residuos que mediante un empleo convencional. Pero en las prácticas de recuperación, el proceso de deshumanización no se liga con la venta de la propia fuerza de trabajo a un propietario de los medios de producción, y ello tiene consecuencias valoradas positivamente por los recolectores.

Como se sostuvo anteriormente, los recolectores evocan pasados de desempleo y de explotación en el marco del trabajo; paradójicamente, estos recuerdos suelen ser mitigados en un presente caracterizado por la subsistencia en un basural. Si el desempleo supone la descalificación social de ser asociado con la pasividad, la recuperación de residuos implica

² El trabajo ordena y estructura la cotidianidad, arraiga al sujeto en un espacio social concreto (Wilson, 1987). Buena parte de la sociabilidad diaria se desarrolla en donde las personas pasan la mayor parte de su tiempo, en el ámbito laboral; lo mismo sucede con el vertedero en el caso de los recolectores. Además, si la recolección suele ser identificadas como un trabajo por parte de los recolectores, ello es consecuencia de la repetición de las prácticas en un mismo espacio: la rutina en el basural limita la interacción social a dicho escenario, así como moldea la percepción generando una sensación de continuidad espacio-temporal en los recorridos cotidianos (Rowe y Wolch, 1990).

una forma de revertir dicho estigma. Cuando los informantes mencionan la importancia de sentirse útil, las formas de alienación y deshumanización propias del desempleo comienzan a difuminarse, mientras que la propia agencia y el orgullo de ser autónomos son exaltados en sus relatos. Pese a las enormes adversidades, el sujeto destaca que la subsistencia familiar es mérito de su esfuerzo personal; son seres independientes que no esperan pasivamente la asistencia social. A su vez, la autonomía refiere a la ausencia de un “jefe que da órdenes”. Es entonces cuando en los discursos se concatenan frases como “yo me las arreglo sólo, no dependo de nadie”, con otras donde se recuerda que “a mí nadie me dice lo que tengo que hacer”. En el basural, el recolector depende de sí mismo, toma las decisiones respecto a cómo desempeñar sus tareas. Que no exista la figura del jefe da cuenta de una ventaja respecto de un trabajo convencional: la sensación de subordinación es atenuada, no hay sujeción ni formas convencionales de explotación.

Los informantes coinciden en destacar otro factor clave en el proceso de valorización de las prácticas de recuperación de residuos: administrar el propio tiempo. Previamente, se asoció a la alienación con un proceso de deshumanización donde la persona no dispone ni de tiempo ni de dinero para disfrutar del ocio y la sociabilidad que permiten desarrollar los aspectos más creativos del ser. En el caso de la recolección, el dinero escasea, pero en cambio el tiempo es una dimensión que el sujeto siente que ha logrado dominar. El recolector “es dueño” de su propio tiempo, decide las horas que trabajará, los días que asistirá al basural, a qué hora se despertará, e incluso el propio ritmo e intensidad del trabajo. La ausencia de un jefe y de un horario rígido laboral genera una sensación de libertad que contrasta con los empleos convencionales caracterizados por la disciplina laboral.

Tras permanecer horas en el vertedero, el investigador observa cómo las prácticas de recolección alternan una intensa actividad laboral en cortos períodos de tiempo –por ejemplo cuando llegan camiones a descargar metales- con otras largas fases de inacción. En las etapas de ocio, los recolectores se agrupan en sus campamentos y conversan entre sí. Es decir, el vertedero representa un espacio de sociabilidad, un sitio de encuentro entre conocidos, e incluso para muchos un ámbito familiar. Estas cuestiones refuerzan la valorización positiva de las prácticas de recolección; en contraposición a sus experiencias en el mercado laboral, el basural entonces es representado como un espacio “más humano”.

El concepto de alienación guarda relación con la búsqueda egoísta del interés particular, con una competencia que atenta contra el ser genérico del hombre, que contradice la

naturaleza del trabajo en tanto esfera de cooperación. A pesar de lo escrito en el párrafo precedente, cuando a los recuperadores se les pregunta si han hecho amistades en el vertedero, las respuestas coinciden en destacar que “al basural yo voy a trabajar, no a hacer amigos”. Las tareas de subsistencia suelen practicarse de forma solitaria, no fomentan la cooperación -a lo sumo se organizan familiarmente. Sin embargo, es posible observar la conformación de grupos en función de ciertas afinidades –edad común, criterios familiares, etc. Es definitiva, tal como ocurre en la mayoría de los ámbitos laborales, cooperación y actitudes individualistas son lógicas contradictorias que se encuentran presentes en un mismo espacio.

Asimismo, y con relación a la alienación como enajenación del hombre respecto del hombre, más allá de las tensiones con los capataces u ocasionales “patrones”, la competencia entre los hombres y con las máquinas no es un tema que haya surgido en los relatos sobre las antiguas conexiones con el mercado de empleo. Por el contrario, si bien los recolectores suelen coincidir que en el basural existen códigos por lo cual “todos respetan el trabajo del otro”, surgieron relatos que refieren a la competencia por apropiarse de determinados objetos o espacios estratégicos. Incluso es posible mencionar una modalidad de competencia con las máquinas: los recolectores aducen un cambio en las prácticas de la empresa que gestiona el vertedero, según el cual quienes conducen las excavadoras tienen la directiva de enterrar inmediatamente los residuos que acaban de ser depositados en el predio municipal. Así, los tiempos de búsqueda se acortan, lo cual fuerza a los recolectores a apurarse ante la llegada de un camión con residuos, e interponerse en el camino de estas máquinas.

La noción de alienación plantea que los esfuerzos por subsistir y la rutina aniquilan la creatividad de las personas. En los empleos no cualificados destinados a estas poblaciones dicha máxima es perfectamente aplicable; por el contrario, al resaltar los aspectos positivos de la recuperación de residuos, en sus discursos se percibe cierta dosis de creación en sus actividades. Es común que improvisen herramientas con los materiales que recuperan, las cuales posteriormente utilizan para, por ejemplo, rescatar cobre del interior de un antiguo electrodoméstico. A su vez, han construido buena parte de sus hogares moldeando los materiales que recuperaron de la basura. Si los relatos de algunos informantes describen a los antiguos empleos en términos de aburrimiento, en los mismos se destacan mayores sorpresas y desafíos en el día laboral en el basural. Entonces, citan actividades como caminar sobre una montaña de escombros y la consiguiente satisfacción al encontrar improvizadamente un objeto de valor, o colgarse de un camión en movimiento para recuperar una bolsa repleta de

alimentos; una vez más, tales prácticas adquieren una dimensión positiva en contraposición a un pasado laboral dominado por el tedio y la rutina.

En Marx (2004), la enajenación se identifica con perder la noción de totalidad del proceso productivo, con limitarse a un estadio específico de la cadena productiva. En el caso de los recuperadores, esta afirmación es pertinente tanto a nivel de los empleos que tuvieron como de las prácticas de recolección. En lo que refiere a la recuperación de objetos en el basural, ellos conforman el eslabón más elemental de la cadena productiva del reciclado, el cual no supone valor agregado; las etapas productivas en las que no participan, son justamente las que implican una mayor cuota de poder y de ganancia monetaria.

Finalmente, en el proceso etnográfico se indagó en las expectativas de futuro laboral; uno de los ejes abordados fue su visión de un empleo ideal. En concreto, en las entrevistas se formulaba el siguiente interrogante: “si pudiese elegir, ¿qué tipo de trabajo le gustaría tener?”. Significativamente, las respuestas fueron unánimes y se articularon en torno a frases del tipo “desearía un trabajo donde gane bien” o “un laburo con un sueldo digno”. Parecería que, en quienes padecen el peso de la exclusión social, la alienación se expresa minimizando las expectativas, impide soñar con un trabajo que trascienda la dimensión monetaria y se ligue con aspectos creativos y reconfortantes. Las respuestas apuntan a satisfacer las necesidades más acuciantes; no hay espacio para fantasear, pues la realidad siempre contradice los deseos.

Conclusiones

Circunscribiendo la atención en la esfera del trabajo, el objetivo de la ponencia consistió en indagar etnográficamente la pertinencia del concepto de alienación en el análisis de los procesos de precariedad laboral que afectan a quienes subsisten mediante la recolección informal de residuos.

La noción de alienación ha mostrado ser pertinente a la hora de dilucidar la experiencia que los recolectores han tenido en el mercado de trabajo. La enajenación supone un proceso de deshumanización cuyo origen remite a verse forzado a vender la propia fuerza de trabajo a cambio de un salario que apenas alcanza para la reproducción familiar. A su vez, al evocar el pasado laboral, en el discurso de los informantes afloran sensaciones de explotación y humillación, ligadas con la falta de poder y la subordinación. También se ha verificado que la alienación supone que el producto del trabajo e incluso la actividad realizada son ajenos al trabajador. Por otra parte, la alienación que afecta a estos grupos se liga con el tipo de empleo

para ellos reservado. Se trata de trabajos no cualificados, los cuales se caracterizan por ser los más precarios en cuanto a condiciones laborales y sueldos, inestabilidad y temporalidad, falta de reconocimiento legal y peores tasas de siniestralidad. La inserción laboral precaria genera límites muy difusos a la hora de distinguir entre el trabajo y la economía informal. Ello es así pues, en poblaciones tan relegadas, no hay grandes diferencias entre tener o no tener un trabajo -siempre y cuando exista la posibilidad de subsistir mediante la economía informal-; en última instancia, ambos casos suponen verse limitado a lo más básico. Hasta tal punto que, cuando se consulta al informante por un empleo ideal, indefectiblemente las respuestas apuntan a “uno donde gane bien”. Así, la alienación minimiza las expectativas de esta gente, reduce la capacidad de imaginar un futuro promisorio.

Por otra parte, si entendemos de manera literal al concepto de la alienación, llegaríamos a la conclusión de que no puede estar alienado quien no es explotado en el marco del trabajo. Ampliando el sentido, la enajenación propia del desempleo comenzaría a ligarse con la añoranza de lo perdido. El desempleado puede recordar con nostalgia una etapa de su vida que supuso la integración a partir de la explotación laboral. Ello es así pues, en la elaboración del propio pasado desde un presente marcado por el desempleo, la inserción laboral es el elemento destacado por sobre la subordinación. De tal forma, este tipo de relatos denota cómo los recolectores comparten los valores sociales dominantes, definiendo idealmente al trabajo como una modalidad básica de pertenencia social. Claro que tales perspectivas idílicas del trabajo se desmoronan cuando nuevamente consiguen un empleo. Esta serie de afirmaciones son válidas para un sector de los recolectores, no así para quienes la subsistencia siempre estuvo asociada con el basural pues nunca contaron con un empleo. No obstante, más allá de las diferencias entre uno y otro grupo, en todos se verifica cómo el malestar propio del desempleo en gran medida es conjurado a partir de las prácticas de recuperación de residuos.

En cuanto a la relación entre alienación y economía informal, el primer punto a destacar consiste en la valoración positiva de la propia agencia. Con la recuperación de residuos, estas personas consiguen los recursos indispensables para la subsistencia familiar, así como generan redes de sociabilidad basadas en el contacto cotidiano en el vertedero, motivo por el cual suelen definir a la recolección como un trabajo. En contraste con su experiencia en el mercado de empleo y con las etapas de desempleo, la economía informal implica revertir ciertos aspectos del proceso de alienación. Como ocurre con los empleos no cualificados, el ingreso percibido se circunscribe a lo mínimo indispensable; no obstante, al no vender su fuerza de trabajo a un propietario de los medios de producción, dimensiones como la

subordinación a las arbitrariedades de un jefe déspota son mitigadas. La sensación de autonomía, el orgullo de no depender de nadie, la libertad de disponer del propio tiempo, son cuestiones subrayadas como elementos positivos en sus discursos. En definitiva, la economía informal disminuye la sensación de no controlar el propio destino; sólo es posible entender dicha cuestión en contraposición a la alienación propia de los trabajos no cualificados destinados a estos grupos.

Algunos ítems inherentes a la alienación laboral prácticamente no han surgido en los discursos de estas personas. Tal es el caso de la competencia entre los hombres y de los hombres con las máquinas, la cual no fue mencionada al referirse a la experiencia vinculada al mercado de trabajo, mientras que sí hubo alusiones a la misma respecto de la cantidad de personas que se aproximan al basural en búsqueda de materiales. Otros puntos básicos en la definición de enajenación laboral se encuentran presentes tanto en las etapas de acceso al empleo como de subsistencia mediante la economía informal. Es lo que ocurre con la alienación como la disolución del ser genérico, los particularismos primando sobre el sentido comunitario, la apropiación individual y egoísta de la naturaleza.

Al ampliar los sentidos de la alienación, el proceso de deshumanización ha sido el factor más destacable. La deshumanización es un elemento que se encuentra presente en los trabajos no cualificados que implican explotación y humillación, en un desempleo que estigmatiza y rodea de vacío la existencia del sujeto. En el caso de la economía informal, el proceso de deshumanización se vincula con otras formas de precariedad social que superan el marco analítico propuesto en esta ponencia. En una población que logra su manutención gracias a lo que obtienen de un vertedero, cabe destacar la relación entre subsistencia y salud en un espacio altamente contaminado; lo mismo ocurre con la noción de estigma, ya no asociada con la pasividad del desempleo, sino con relacionarse con aquello que la sociedad califica como “inmundicia”.

En última instancia, la alienación que padecen estas personas guarda relación con un hecho: el trabajo se encuentra dominado por sentidos contradictorios, por dilemas imposibles de resolver que impactan negativamente en sus orientaciones cognitivas. Es decir, los preceptos sociales dominantes son aceptados por los recolectores, pero entran en contradicción con sus posibilidades laborales y con los espacios donde logran la subsistencia. Las tácticas de subsistencia asociadas a la recuperación de objetos en el basural ayudan a sobrellevar las dificultades materiales y el estigma de ser un desempleado, pero nunca son

plenamente satisfactorias. Ningún recolector imagina escapar de la pobreza mediante dichas actividades, sino tan sólo sortear el presente de la mejor manera posible. Dichas contradicciones son insalvables y representan una fuente inagotable de malestar. En lo que al trabajo se refiere, tales contradicciones son consecuencia de dos factores: a) el lugar que el mercado de trabajo otorga a los empleos no cualificados; b) las formas de subsistir a las que apelan estas personas son estigmatizadas. El mercado de trabajo no deja resquicios para esta gente, y los espacios disponibles son tan denigrantes que no permiten una subsistencia digna. La contradicción que deben afrontar reside en que la antigua ética del trabajo continúa vigente, pero sus cualidades ya no encuentran expresión en la vida laboral (Sennett, 2000).

Bibliografía

ANTUNES, R. *Los sentidos del trabajo: Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires: Herramienta, 2005.

BAUMAN, Z. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa, 2003

CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

CASTELLS, M. y PORTES, A. El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal. En: PORTES, A. *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados*. Buenos Aires: Planeta, 1990, p. 21-48.

COMODORO RIVADAVIA. Informe municipal sobre trabajadores informales del basural. En: *Encuestas sociales realizadas a trabajadores informales del basural*. Municipalidad de Comodoro Rivadavia, Dirección General de Investigación y Control de Gestión: Diciembre de 2010.

DE LA GARZA, E. *Hacia un concepto ampliado del trabajo*. Del concepto clásico al no clásico. México D. F.: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, 2010.

GOFFMAN, E. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

HOPENHAYN, M. *Repensar el trabajo, historia, profusión y perspectivas de un concepto*. Buenos Aires: Norma, 2001.

LUKÁCS, G. *Historia y conciencia de clase*. Méxijo: Grijalbo, 1983.

MARX, K. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue, 2004.

_____. *El capital*. Crítica de la economía política. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, Tomo 1, 1992.

MÉDA, D. *El trabajo: un valor en peligro de extinción*. Gedisa: Barcelona, 1995.

NEFFA, J. C. Sector informal, precariedad, trabajo no registrado. *Congreso Nacional de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET)*, Buenos Aires, n. 9, agosto de 2009. Disponible en: <http://www.aset.org.ar/congresos/9/contenido.htm> Acceso: 18 nov. 2011.

PORTES, A. *En torno a la informalidad*. Ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada. México D. F.: FLACSO, 1995.

ROWE, S. y WOLCH, J. Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles. *Annals of the Association of American Geographers*, v. 80, n. 2, June, p. 184-204, 1990.

SALVIA, A. (Comp.) *La Patagonia de los noventa*. Sectores que ganan, sociedades que pierden. Buenos Aires: La colmena, 1999.

SENNET, R. *La corrosión del carácter*. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona: Anagrama, 2000.

WACQUANT, L. *Parias urbanos*. Marginalidad en la ciudad al comienzo del milenio. Buenos Aires: Manantial, 2001.

WEBER, M. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Terramar, 2006.

WILSON, W. J. *The truly disadvantaged: The Inner city, the Underclass and Public Policy*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.